

LA HOJA BLANCA

Me imagino que para los escritores consagrados, para los periodistas y para ciertos políticos, estar frente a una hoja en blanco y llenarla de poesía, de diálogos, de acontecimientos, o de palabras que no dicen nada, debe ser tan fácil como comerse un plato de sopa, también colocado frente a uno. Pero alguien que comienza a escribir, como es mi caso, y que quiere hacerlo lo mejor posible, una hoja en blanco representa problemas, interrogaciones y desafíos.

La primera interrogante es qué voy a escribir. Resuelto éste primordial trámite me pregunto cómo lo voy a hacer, si lo haré en primera o en tercera persona, cuál es el objeto, a quién va dedicado el mensaje, eso si hay alguno; si será un cuento corto o uno largo. Y así por el estilo. Cuando se tiene una idea premeditada todo es más fácil, pero sentarse frente a la máquina o a la computadora, esperando que venga la inspiración por obra y gracias de alguna musa, es terrible.

Hoy voy a escribir, se dice uno, sobre algún tema sencillo o a relatar una anécdota simple, como por ejemplo, la historia de mi sirvienta, o hablar de mis hijos o de mi perro. Entonces se pone uno a recordar todas las historias que se han escrito sobre esto: la sirvienta que desde niña entró a trabajar como ayudante en una casa y que poco a poco pasó a formar parte de la familia, por cuidar a los niños no se casó, rehusó todas las vacaciones por ayudar a la señora; ya anciana y enferma continuó levantándose a las cinco de la mañana para efectuar sus labores. Cuando murió se encontraron, en su maleta, miles

LA HOJA BLANCA

de pesos que ahorró toda su vida y que en una carta dejaba al primer nieto de la familia con la que trabajaba , al que adoraba sobre todas las cosas.

Eso es, una historia perfecta que puede conmover a los hipotéticos lectores. Yo le agregaría, para hacerla más interesante, una nuera de la patrona que sea la maldita, la que le va a hacer la vida pesada, que la insulta, que aumenta su trabajo al tirar basura por toda la casa, que la acusa de ladrona, que la llama en la madrugada para pedirle un vaso de agua. Abrazos, besos y lágrimas. Todo perfecto, digno de una gran telenovela.

No, me digo, hay que ser honestos, esa historia no existe. A la criada vieja de seguro la corren no sin antes quitarle su dinero diciéndole que lo robó. Esa es la verdad.

¿ Y si escribo sobre Eulalia, nuestra sirvienta, la fámula nueva que ocupa el ochenta por ciento del tiempo en la conversación de mi mujer?. “ La criada hizo, la criada dejó de hacer, la criada más acá y más allá”. La criada para todo. Pero yo no sé ni siquiera su apellido y tampoco sé de dónde es ni que familia tiene, tampoco si tiene novio o qué piensa de la vida.

Debo estar en un error, me digo a mi mismo, mi mujer todo el día habla de ella y cuando asistimos a alguna reunión no hace sino tratar ese tema. No es posible que diga yo que no sé nada de ella. Pero es la verdad, por más que trato de recordar algo de interés humano en ella no lo logro. Sólo recuerdo una lista interminable de quejas de mi cónyuge: que rompió un plato, que no limpió bien la cocina, que se entretiene platicando en la calle, que no le dio bien el cambio, que es una calamidad, que qué diferencia con las criadas antiguas, que cada mes tiene que aumentarle el sueldo, que prefiere ver la televisión de su cuarto a hacer las cosas, y etcétera, etcétera, etcétera. Lo cierto es que ahora que pienso en ella, y confieso que es la primera vez que lo hago conscientemente, me doy cuenta que es una muchacha joven, limpia,

LA HOJA BLANCA

alegre, que trabaja bien, que le gusta vestirse con ropa moderna y que probablemente tenga algunos novios. Estoy seguro que a la primera oportunidad se irá de la casa y no podré culparla. Claro que esto no se lo puedo decir a mi mujer. No quiero una nueva escena de llanto, de gritos y hasta desmayos. Mucho menos le voy a decir que la chamaca me gusta, sí, por qué no. Me gusta su cuerpecito, sus ojazos...Pero no, eso no es propio de mí. Hagan de cuenta que no lo he pensado.

Bien. Un tema menos. Lo de la sirvienta no se me da. Seguiré con los hijos. Tengo tres, cada uno de ellos igual de guapo, simpático e inteligente. Con estas tres maravillas frente a mí, lo más sencillo sería inventar una historia. Pero, ¡ay, Dios!, nada se me ocurre. Ninguno de ellos ha estado por morirse para que puede llamarme en los últimos momentos y pedirme que ame mucho a su madre en recuerdo de él, que no nos divorciemos y que cuide mucho a Blaky, su perrito, o perrita, ya ni sé que es. Tampoco ninguno ha hecho alguna travesura genial que provoque la sonrisa de los posibles lectores, sino las común y corrientes: romper alguna figura de porcelana, esconder la carne para no comérsela, fingir dormir cuando su madre y yo salimos, ver horas enteras la televisión, mojarse y ponerse del asco momentos antes de salir a casa de los abuelos, tomar algún documento importante y dibujar en él muñecos horribles, ponerse nuestra ropa y romperla. Pero nada de esto es interesante. Por más que pienso no recuerdo ninguna hazaña heroica de ellos como puede ser salvar a algún compañero de escuela de un peligro, o al menos a algún animal. Sus máximas hazañas son levantarse temprano después de mil gritos de la madre y míos o pasar de panzazo en la escuela. No, tampoco los ha descubierto algún productor de cine o televisión, ni con el dinero que ganan nos han sacado de la pobreza espantosa en que vivimos. Sólo el abuelo les toma fotografías que luego muestra a sus amigos.

LA HOJA BLANCA

Es por demás, de mis hijos no tengo material para escribir. Ellos crecen, rompen zapatos, juegan todo el tiempo, se pelean por cualquier cosa, lloran cuando no se les da lo que piden, se enferman de cuando en cuando, prefieren quedarse en casa que ir a la escuela. Mi mujer dice que nunca los vamos a poder educar.

El día de hoy sólo me queda el tema del perro. Jack London escribió un hermoso libro sobre perros. También recuerdo vagamente otras novelas. Pero más son los testimonios orales que guardo en la memoria como el del perro que murió el mismo día que su ama, del otro que viajó kilómetros y kilómetros para encontrar a sus amos o el del perro policía que salvó la vida de un niño. También me acuerdo de un animal que evitó un robo a cambio de su vida o ya, en sentido contrario, del chao chao rabioso que mató a sus amos o del otro que murió atropellado causando un infarto a su dueña de la impresión.

Mi perra boxer; bueno, eso de mía..., no ha causado la muerte de nadie, o más bien sí, de varias mariposas a las que persigue en el jardín hasta que las alcanza destruyendo mientras tanto varios rosales, cinco o seis geranios o tumbando alguna maceta. Es tan brava que a todos los desconocidos les lame inmediatamente la mano, tan inteligente que si llega a salir sola a la calle, al instante está perdida. Si contamos sus desastres dentro de la casa, como morder las sillas del comedor, tirar la canasta de huevos o comerse el pastel recién salido del horno no acabaría nunca. La perra tiene prohibido entrar dentro de las habitaciones, pero hágaselo entender a los niños. Un chillido de alguno de los cuatro, los tres hijos y la perra, indican que el animal los mordió o los rasguñó o los tiró de la cama, o bien, que ellos mordieron al perro o lo tiraron de la cama. Por supuesto que lo del chillido se repite con intervalos

LA HOJA BLANCA

frecuentes, lo que da a mi hogar una paz ideal para trabajar y tomar ideas que llenen esta hoja en blanco.

Ya está, me digo, el día de hoy no tuve nada de que escribir. En el fondo me alegro. Capaz que invento un cuento, lo que, todos sabemos, es muy difícil, y me queda bien. Entonces tengo que buscar quién me lo publique, cosa que me puede llevar meses de trabajo. Ya publicado darlo a la crítica para que lo haga pedazos. Lo menos que van a decir de él es que es un cuento más, que pudiera ser interesante si el autor hubiera estudiado los rudimentos de la sintaxis o que es una historia llena de lugares comunes. Como si la vida no fuera una larga serie de lugares comunes: nacer, crecer, multiplicarse y morir.

Peor suerte aún será que mi cuento lo tome algún lector para acompañarse cuando va al excusado. ¡Y eso sí que no! Mi cuento no se lleva con malos olores.

Cuántos pretextos no se da uno mismo para no llenar esta hoja que tengo frente a mí. Creo que lo mejor es sacarla y jugar sobre ella algún juego de ahorcados o de gatos, también puede servir para envolver algo o para anotar a mano lo que debo comprar en el mercado. Eso sí, es seguro que mañana se me ocurra algo, tal vez el cuento que todos esperan..

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1999